

temente acaba de reproducirla un escritor, por otra parte instruido : ¡tal es la prontitud con que se extiende el error mas inverosímil, cuando lo acredita un hombre célebre! Esto es lo que nos ha decidido á hablar con mas extension de la que nos habiamos propuesto al principio.

§ IV. Sobre la nota de inconsecuencia y contradiccion que pone al autor del Emilio.

Volvemos al mismo asunto. Os burlais de las inconsecuencias y contradicciones del *pobre Juan Santiago*, las que, es preciso confesar, no son pocas. ¿Mas el *pobre Juan Santiago*, no tendrá tambien derecho para burlarse de las vuestras? y si este *buen hombrecillo* tratara de censurarlas; ¿no podria divertir al público á vuestras expensas (1)? Cuidado, caballero, con aquello de *loripedem rectus derideat, Æthiopem albus*.

No, no teneis derecho para echar en cara á nadie inconsecuencias ni contradicciones, despues de todas las que se acaban de ver, y otras muchas que se advierten á cada instante en vuestras obras.

Estas contradicciones sin número, estas variaciones continuas, ¿manifiestan un escritor instruido en las materias que trata : un hombre verídico, que nada dice sin estar antes asegurado : un guia ilustrado y de buena

la máxima de algunos escritores modernos; pero si ella es útil algunas veces, jamas es decente; y las ventajas que puede proporcionar, no son duraderas. *Edit.*

(1) *A vuestras expensas*. No es nuestro designio introducir la division en el campo enemigo, pues bastante hay ya con grande escándalo de la filosofia. Si no obstante el ciudadano de Ginebra se pusiera por casualidad á hacer la revista de algunos de los cuadernos del sabio crítico, seria, sin duda, un contrario mas temible, que unos infelices Judíos, á los que se cree poder despreciar ú hollar sin temor alguno. *Aut.*

fé, de quien se pueda confiar sin recelo, ó un espíritu superficial, que no habiendo profundizado nada, se mueve segun corre el viento de las opiniones : que indiferente sobre lo verdadero, como sobre lo falso, no obra mas que por el deseo de distinguirse del resto de los hombres, combatiendo los hechos que estos respetan, y que, con tal designio, recoge sin eleccion las objeciones, no solo las mas absurdas, sino las mas contradictorias; como si se divertiera en hacer experiencia del grado hasta donde puede llegar la credulidad del público, y la ciega confianza de sus prosélitos en todo lo que se le antoja decir? He aqui, los diversos y desfavorables juicios que tememos se hagan de vuestros escritos, los que deseamos eviteis, tratando con mas verdad y mas acierto las materias que acabamos de examinar, y las que examinaremos en adelante.

Somos, con los sentimientos mas sincéros y mas respetuosos, etc.

CARTA V.

En que se responde á los argumentos, que contra la historia de la adoracion del Becerro de oro se refieren en la nota.

DESPUES de haber objetado inútilmente contra la opinion general de Judíos y Cristianos, que creen á Moisés autor del Pentateuco, la imposibilidad en que pretendéis estaba de escribirlo, pasais de esta objecion general y extrínseca á dificultades particulares, que sacais de la

esencia misma de la obra. Os ocupáis de algunos hechos, que se refieren en la historia, y los representáis, según vuestros escritores, como falsos, imposibles y absurdos.

Aquí muda de aspecto la cuestión; viene á ser interesante de muy diversa manera, y hubiera sido bueno lo hubieseis advertido á vuestros lectores. Que Moisés haya podido escribir ó no el Pentateuco, que lo haya escrito tal como lo tenemos, ó que los escribas públicos y los profetas le hayan hecho unas ligeras adiciones, etc.; no son mas que puntos de crítica, sobre los que cada uno puede, aunque con riesgo de engañarse, abrazar á su arbitrio la opinion que le parezca mas probable. Pero si los principales hechos, que se refieren en estos libros, son evidentemente increíbles y falsos, la obra no es digna, ni de Moisés, ni de otro escritor dirigido por el espíritu de Dios. Probar esta falsedad, seria destruir á un tiempo la autenticidad y la inspiracion de estos libros respetados por tantos siglos. Tal es, al parecer, el objeto que se proponen vuestros escritores, cuando interpretando los hechos á su modo, y alterando á su antojo las circunstancias, procuran darles un aire de inverosimilitud y repugnancia, que pueda chocar á los lectores.

La adoracion del Becerro de oro es uno de los hechos que han atacado con mas empeño. Les parece imposible en sí mismo, ininteligible en sus circunstancias, y lleno de injusticia y de barbarie en sus consecuencias; de lo que inferen, *que todo este capítulo se ha añadido á los libros de Moisés, asi como otros muchos.*

Vamos á exponer sus dificultades, y á tratar de satisfacerlas. Nos tomamos la libertad de variar el orden de ellas, pero no omitiremos ni una.

§ I. Si es imposible que la química mas sabia reduzca el oro á polvo de manera que se pueda beber.

Si se cree á estos escritores, *es imposible reducir el oro á polvo, de modo que se pueba beber, y la química mas sabia (1) no alcanza á esto.*

¿Estan muy seguros de lo que dicen? O si no tienen certidumbre, ¿ como deciden con tanto atrevimiento?

No citaremos aquí á nuestros químicos, sin embargo de que bien podríamos hacerlo, pues no ignorais que los Hebreos tienen, hace ya mucho tiempo, conocimiento en esta materia, y que mas de una vez, no se han desdenado grandes reyes, valerse de los descendientes de Abraham para fundir los metales. No: sinó que por medio de vuestros mismos Cristianos, esperamos confundir á estos bautizados incrédulos.

Sthal era cristiano, y químico de primer orden, y no ha discurrido como vuestros escritores. No ha dicho: no sé como puede hacerse esta disolucion; luego es imposible; luego el legislador Judío nos ha contado un cuento absurdo, ó este cuento se ha *añadido á sus*

(1) *La química mas sabia.* En el *Diccionario filosófico*, art. *Moisés*, se dice solamente *que esta operacion era imposible en la química ordinaria, aun no inventada.* No sabemos exactamente hasta donde se extiende lo que el autor juzga oportuno llamar química ordinaria. Pero sí sabemos, que desde entonces explotaban los Egipcios minas de oro y plata, conocian la manipulacion muy difícil del estaño, sabian el arte de purificar estos metales, embalsamaban los cuerpos con preparaciones químicas, que se han conservado hasta nuestros dias, etc., y que si una química, ó por lo menos operaciones químicas *muy sabias*, estaban ya inventadas.

Reflexionemos tambien como se conforma el *Diccionario* con la *Tolerancia.* En el uno, esta operacion era *imposible en la química ordinaria*; en la otra, en la química aun mas sabia. *Edit.*

libros, así como otros muchos. Mas hábil y menos presuntuoso, ha juzgado que un autor antiguo, y el mas antiguo que conocemos, un autor tenido por inspirado despues de tantos siglos y por tantos pueblos, merecia que no se le condenase sin algun exámen; y que antes de pronunciar, como hacen vuestros críticos, en un tono decisivo y mordaz, esta pretendida imposibilidad, convenia asegurarse de ella, y justificarla con diversas experiencias. ¿Qué ha sucedido? Que sus investigaciones lo han conducido al descubrimiento de un medio muy sencillo para ejecutar, sin trabajo, lo que creis imposible sin milagro. Leed, en sus opúsculos, su disertacion sobre esta materia, y allí vereis, «que la sal de tártaro, mezclada con azufre, *disuelve el oro, hasta el punto de reducirlo á un polvo, que se puede beber.*»

Podriamos remitiros tambien á las memorias de vuestra academia de las ciencias; pero como no las leéis, sin duda, pues decís que *en estos ochenta volúmenes no hay mas que vanos sistemas, y ninguna cosa útil* (1), echad por lo menos una mirada á la obra que se titula, *Origen de las Leyes, Ciencias y Artes*, ó al *Nuevo curso de Química*, de uno de vuestros mas sabios médicos, y en ellas encontrareis que «el natron, materia conocida en el Oriente, y sobre todo en las inmediaciones del Nilo, produce el mismo efecto; que Moisés conocia perfectamente bien toda la fuerza de su operacion (2); y que no podria cas-

(1) *Ninguna cosa útil*, V. *Segunda Continuacion de las Misceláneas*, edic. de Ginebra pág. 304, y advertid que nada es mas contrario al espíritu de sistemas, que el carácter de esta academia, pues una de sus primeras máximas es no adoptar ninguno. *Aut.*

(2) *De su operacion*. Moisés estaba instruido en todas las ciencias de los Egipcios. Ahora bien, el arte de fundir los metales y pu-

» tigar mejor la infidelidad de los Israelitas, que haciéndoles beber este polvo, porque el oro, que se hace potable por medio de esta operacion, es de un gusto detestable.»

Esta posibilidad de hacer potable el oro, se ha repetido cien veces, despues de Sthal y Senac, en las obras y lecciones de vuestros mas célebres químicos, como Baron, Macquer, etc. Todos estan conformes sobre este punto. Actualmente no tenemos á la visa mas que la *nueva edicion de la Química de Lefevre*. Este enseña lo mismo que los otros, y añade «que nada es mas cierto, y que ya sobre esto no se puede tener la menor duda (1).»

¿Qué os parece esto? ¿el testimonio de estos hombres hábiles no vale mas que el de vuestros críticos? ¿Y quien les manda meterse en eso á estos incircuncisos? «No saben nada de química y se ponen á hablar de ella; bien pudieron evitar hacerse ridículos.»

Pero vos, cuando copiabais esta fútil objecion, ¿ignorabais que seria capaz de refutarla el químico mas atrasado? La química no es vuestra ciencia favorita; bien se conoce. «Por esta razon se irrita la bilis de Rouelle (2), se en-

rificarlos, fué conocido de este pueblo desde el tiempo de sus primeros reyes. Así lo aseguran muchos historiadores antiguos, como Diodoro de Sicilia, Agatarchides, etc. Parece que de los Egipcios aprendieron los Griegos á trabajar los metales. *Aut.*

(1) *La menor duda*. Aben-Ezra habia ya sospechado que Moisés habia hecho potable el oro por una operacion química. Algun tiempo despues de Aben-Ezra, escribió otro rabino que él mismo habia sido testigo de una operacion semejante; pero que se habia dudado hasta Sthal. Ved de qué sirve se hagan descubrimientos, pues á la vuelta de tantos años se nos repiten todavía errores viejos. *Aut.*

(2) *De Rouelle*. Este hombre célebre, que murió despues de la segunda edicion de estas Cartas, gozaba de la reputacion muy merecida de ser el primer químico de Francia. Se nos asegura, que los

»cienden sus ojos, y se manifiesta su despecho, cuando
» por casualidad lee lo que decís de química en algunos
» lugares de vuestras obras (1). » Haced versos; tomad
en la boca la trompeta épica; disputad el premio á los
Eurípides y Sófocles; y dejad el arte de los *Pott* y de
los *Margraff*.

He aqui destruido completamente el principal argu-
mento de vuestros escritores, y que proponian con mas
confianza; pasemos á otro.

§ II. Si era necesario un milagro, ó tres meses de trabajo para vaciar
el Becerro de oro.

Estos doctos críticos sostienen tambien que «era impo-
» sible, sin milagro, vaciar el Becerro en menos de
» tres meses. » Se engañan igualmente en esto ó quieren
engañar.

Segun parece, se han imaginado que el Becerro de oro
era colosal; pero vos no habéis podido olvidar que el de-
seo de nuestros padres era llevarlo á la cabeza del ejército.
Hacednos, decían, *dioses que vayan delante de no-*
sotros. Fácilmente podeis conocer, que para este destino
no era necesario, que la estatua fuese tan pesada como el
caballo de Enrique IV, ó el Laocoonte de Marly. Sin duda
que estos críticos han visto el Becerro de oro en algun cua-
dro, representado por el capricho de algun pintor, y ha-

lugares en que se trata de química, no eran los que admiraba en los
escritos de M. de Voltaire. *Crist*.

(1) *Vuestras obras*. A pesar de lo que haya dicho M. de Voltaire,
lo cierto es, que el lugar, notado con comillas, no se encuentra en
la edicion publicada en *Paris*, en casa de *Lorenzo Prault*, con
aprobacion y privilegio. Mas, pues, el ilustre escritor lo ha citado,
y que parece no estar descontento, hemos creído poder poner aqui
dichas comillas. *Aut*.

brán inferido que el original habia sido del tamaño de la
pintura. Pero la consecuencia no es justa, pues sabéis que
los pintores no son siempre autoridades seguras, como ni
tampoco los poetas.

Algunos de vuestros cristianos han escrito, que este Be-
cerro de oro era un cuerpo humano, con cabeza de becer-
ro, á la manera de los Anubis con cabeza de perro, que
se ven en los gabinetes de los curiosos, ó de aquellos *que-*
rubines con cabeza de becerro, de que hablais en otro
lugar.

Pero vos quereis que este ídolo haya sido un *Apis*: en
buena hora. ¿ Pero creéis que para fundir un Anubis ó un
Apis portátil y groseramente trabajado, como todas las
obras de los Egipcios, maestros de nuestros padres en la
artes (1), haya sido necesario precisamente un milagro?

No diremos que nuestros antepasados tuvieron tal vez,

(1) *Maestros de nuestros padres en las artes*. Maestros *igno-*
rantes y sin gusto, segun este escritor; porque ahora es su manía
querer que los Egipcios hayan sido el pueblo mas despreciable, pero
despues de nosotros, que jamas haya habido sobre la tierra. *Los*
Egipcios, dice, *pueblo en todo despreciable*. digan lo que *quie-*
ran los admiradores de las Pirámides; como si estas fueran los
únicos monumentos que hayan ganado á los Egipcios la admiracion
de la posteridad, y como si jamas se hubiese dicho nada de sus otros
edificios, de sus templos, palacios y otras muchas obras tan útiles
como soberbias. ¿ El ilustre escritor ha olvidado las bellas y largas
calzadas, los muchos terraplenes desde donde las ciudades, domi-
nando sobre las olas, no veian en las inundaciones del rio, mas
que la fertilidad del pais; los vastos lagos, inmensos depósitos de
agua, sin los cuales hubieran sido estériles las tierras; los cana-
les, que distribuyendo la misma agua por todas partes, facilita-
ban el comercio y mantenian la abundancia? No conoce de los
Egipcios mas que sus Pirámides? ¿ Pero el *declamador* Bossnet
habia alabado á Egipto, y nada habia dicho de la China, y asi era
necesario alabar á la China y deprimir á Egipto. *Edit*.

algun arbitrio desconocido entre nosotros, para poder acelerar la operacion; sin embargo de que esta conjetura, despues de lo que acabamos de decir, no pareceria infundada. Os decimos solamente entreis en la casa del primer estatuario que os parezca; y apostamos á que si le ministráis los materiales necesarios, le dais prisa y pagais bien, en menos de una semana os hará una obra semejante. Sin haber buscado mucho tiempo, hemos encontrado dos, que no nos pedian mas que tres dias. Hay bastante distancia de tres dias á *tres meses*; y no dudamos que si buscáis con empeño, encontrareis quienes lo hagan aun con mas prontitud.

§ III: Si Aaron vació el Becerro en un solo dia.

Con el designio de hacer mas necesario el milagro, ó mas palpable la repugnancia del pretendido cuento, dicen los críticos que « el pueblo se dirigió al hermano de » Moisés, para conseguir el Becerro de oro, la víspera » del mismo dia en que este bajó del monte, y que » Aaron lo vació en un solo dia.

¿Pero, en donde han aprendido estos escritores semejantes particularidades? En su imaginacion sin duda; porque no ha sido ciertamente en la Escritura. El dia en que el pueblo pidió este ídolo, no está determinado en ningun lugar, como ni tampoco el tiempo que gastó Aaron en hacerlo.

Si es, pues, naturalmente imposible, como ellos pretenden, que el Becerro de oro se haya vaciado *en un solo dia*; si es un hecho absurdo é inexplicable sin milagro, que es lo mismo, segun ellos; este hecho no es de Moisés, sinó de ellos mismos que lo dicen. ¿Con qué cara se lo atribuyen al escritor sagrado que nada dice? Es muy fácil encontrar absurdos en un autor, cuando se

le hace decir todo lo que se quiere, y se le imputan, sin escrúpulo, ideas extravagantes, que uno mismo produce.

Y así, tres dias, y tal vez menos, bastaban para hacer el Becerro de oro; y en ninguna parte se dice que Aaron no haya gastado mas que uno. Calificad si es sólida la objecion de vuestros críticos.

§ IV. Si era imposible á los Judíos ministrar bastante oro para hacer esta estatua.

« Collins, Tindal, Bolingbroke, etc., no conciben (1) » que los Judíos, los cuales no tenían con que remendar sus sandalias, hayan pedido un becerro de oro » macizo. »

Esta última palabra, sobre que estriban con complacencia, y que repetis con afectacion, no puede imponernos. Aunque todo el Becerro haya sido de oro macizo, he-

(1) *No conciben.* ¡Ah! ¿Qué importa que conciben ó que no conciben? Tampoco conciben que la química mas sabia pueda disolver el oro hasta el punto de hacerlo potable. Sin embargo se acaba de ver que nada es mas cierto. Ellos no imaginan, ellos no conciben, etc. ¿Qué principios de discurso! Ellos son el manantial mas fecundo de paralogismos y consecuencias falsas. De estos antecedentes concluye el pueblo ignorante que los juégos de manos son operaciones de la magia, y que todos los jugadores de cubiletes son brujos. Todos los racionios de este género se pueden reducir al silogismo siguiente. « Yo, ignorante ó gran talento (para el caso es lo mismo), que no conozco ni las fuerzas de la naturaleza, ni los recursos de la industria, que no tengo mas que una ligera tintura en las artes y sus operaciones; que no he estudiado mas que superficialmente la historia de los antiguos pueblos, sus lenguas y sus costumbres, encierro en mi débil y estrecha concepcion todas las ideas de lo que existe y de lo posible. Es así que yo no concibo que tal cosa sea ó pueda ser, luego, etc. » La respuesta es, que esta proposicion encierro, etc., que raras veces se explica y siempre se subentiende, no es modesta ni verdadera. *Aut.*

mos visto que era portátil, y por consiguiente no podia ser de un gran peso.

Mas, en fin, direis, ¿como los Judios han podido ministrar oro bastante para hacer un becerro aun portátil?

¡Como! El Exodo os lo va á enseñar: *esto fué*, dice el escritor sagrado, *poniendo en las manos de Aaron las evillas y los pendientes de oro de sus mugeres, hijos é hijas.*

Supongamos, que de los dos millones de almas, á que ascendia el pueblo Hebreo, segun vuestros propios cálculos, no haya habido mas que ciento y cincuenta mil, tanto mugeres como niñas y niños, que llevasen pendientes de oro; y no calculemos cada par de evillas y de pendientes mas que en una ochava: ya veis que estoy muy distante de ponderar las cosas. ¿Creis, Caballero, que ciento y cincuenta mil ochavas de oro no serian suficientes para hacer un becerro de oro portátil?

¿Qué responderán á esto vuestros *sabios*? ¿Negarán que las mugeres y niños de los Hebreos hayan acostumbrado llevar evillas y pendientes de oro? Pero á mas de que el escritor sagrado nos lo asegura, desde el tiempo de Abraham se conocia esta suerte de adorno en la Palestina y los paises vecinos; era costumbre en los Ismaelitas llevarlos aun cuando iban á la guerra (1); aun en el dia los Arabes, sus descendientes y los habitantes aun de los de-

(1) *Cuando iban á la guerra.* Se refiere en el cap. VIII del libro de los Jueces, que habiendo presentado á Gedeon los Israelitas todas las joyas de esta clase, que habian quitado á los Madianitas vencidos, se halló que solo las evillas y pendientes pesaron mil setecientos siclos de oro, es decir, segun algunos escritores, mas de dos mil y quinientos lises (*). *Aut.*

(*) *Dos mil y quinientos lises*, cuyo valor corresponde á doce mil pesos fuertes.

siertos, hacen de aquellas joyas sus mas ordinarios adornos: en fin, era uso comun entre los Egipcios. ¿Por qué razon los Hebreos no los habian de tener? ¿Creis acaso que hubiesen dejado estas alhajas en Egipto, ó que el oro de sus pendientes se haya consumido en el espacio de tres meses, como las *suelas de sus sandalias*?

Pero, decís, *los Judios eran un pueblo pobre.* No tardaremos en haceros ver que distaban mucho de serlo, á lo menos en el grado que suponeis. Pero quiero conceder que lo hayan sido; ¿era necesario que fuesen muy ricos, para que en dos millones de almas hubiese ciento cincuenta mil personas de las que cada una tuviese una joya de oro, del peso de una ochava? ¿Sabeis si la mayor parte de estos pendientes de oro era una parte de los efectos preciosos, que habian tomado prestados de sus antiguos amos?

Concluyamos, que esta dificultad no vale mas que las anteriores (1).

§ V. Sobre los veinte y tres mil hombres, que pretenden los referidos críticos fueron degollados, porque adoraron al Becerro de oro.

La humanidad, decís, y la bondad de corazon, que seducen á estos escritores, les impiden creer que Moisés mandase degollar veinte y tres mil hombres para expiar este pecado. No pueden imaginar, que veinte y tres mil hombres se hayan dejado degollar de este modo por Levitas, á menos de que no hubiese intervenido otro milagro.

¿Con qué, vuestros sabios no creen que en este lance hayan muerto *veinte y tres mil hombres*? Ni nosotros tampoco, caballero. Mas no por esto los racionios de es-

(1) *Anteriores.* ¿Como se puede deducir contra este hecho una objecion sólida de la cantidad de oro, que debia entrar en una estatua cuyo tamaño se ignora? *Edit.*